

Mary, Bloody Mary

## Eleccions a l'AEELC

Àngels Gregori



Aquesta setmana s'ha obert el període d'eleccions a la presidència de l'Associació d'Escriptors en Llengua Catalana, l'entitat professional d'autors en la nostra llengua que representa més de mil cinc-cents socis i que enguany complirà quaranta-cinc anys de vida. Des que devia tenir divuit anys, quan em vaig fer sòcia, he viscut algunes eleccions, probablement mai tan a prop com aquestes, i probablement perquè mai, en la història d'aquesta entitat, hi ha tants candidats que aspiren a la seua presidència. Un fet que no deixa de ser un bon símptoma (de vitalitat també), perquè no ens enganyem: sempre costa trobar gent que vulga aspirar a la responsabilitat que comporten aquests tipus de càrrecs.

Així les coses, d'ací uns dies se sabrà qui, dels tres candidats amb perfils molts diferents, assumirà la presidència. Com a sòcia de l'entitat, i com a escriptora, fa uns dies em vaig posicionar a favor de la proposta que, al meu parer, em semblava més adient. Darrerament algú m'ha dit, com un retret, que el candidat al que he donat suport públic és «massa jove», afirmació a la que de seguida he respost: també era jove jo, quan vaig entrar a una altra entitat, succeint a algú que no ho era tant.

A mi, els meus mestres, els que he tingut, tinc, em tenen i m'han tingut incondicionalment al costat, els Piera, les Pessarrodones, els Brines, m'han ensenyat algunes de les lliçons en forma d'aprenentatge més importants de la meua vida; una d'elles, la confiança amb els joves. I ara que jo ja no ho soc tant i intente que m'acompanye cada dia tot el que m'han donat, vull pensar que seguiré el seu exemple d'entendre sempre, la joventut dels que valen, no com una amenaça, sinó com una virtut afegida al talent, i que un relleu generacional ben triat és el millor llegat que, als altres, podem anar deixant. És curiosa -i bonica- la relació que construïm al llarg dels anys amb els nostres mestres: al principi ells són la nostra bibliografia, i amb els anys, som nosaltres la seua biografia. Mai, encara que ja no estiguen, no ens abandonen.

La setmana que ve se sabrà qui dels tres candidats ocuparà la presidència d'una entitat que ens representa a quasi tots els escriptors en la nostra llengua, al País Valencià, al Principat i a les Illes. Arguments a favor se'n podrien dir de tots tres candidats. Ara: si em pregunte amb qui m'agradaria emmirallar-me, qui m'agradaria que em representara arreu, amb qui m'agradaria que quedara en mans el relleu d'una feina tan ben feta que han fet els seus anteriors presidents, des de Bel Olid a Jaume Pérez Montaner, passant per Guillem-Jordi Graells, la resposta la tinc, com passa sempre, en la lliçó dels meus mestres.

Rosario Izquierdo

»

«*Amo esta casa con todo el asco de que soy capaz*».

Esta frase, que podría condensar lo que se cuenta en *Otra*, última novela de Natalia Carrero, contiene mundos, territorios incógnitos donde la literatura poco se ha detenido, o al menos, que yo sepa, no con esta rabia tan natural. La leo desde hace años por ese talento suyo para poner patas arriba la familia narrando desde dentro, usando el espacio doméstico como tribuna desde la que ejerce una rara forma de resistencia activa, muy eficaz porque de verdad consigue agitarnos, situándonos ante espejos en los que nos miramos con toda la incomodidad que requiere la ocasión.

Escribió Alfons Cervera en **Levante-EMV** que Natalia Carrero convierte el lenguaje «en la carga principal de la insurgencia». Creo que a ambos nos conmueve la escritura de Natalia Carrero. La escritura decente, como él suele repetir.

Deberíamos celebrar con algún brindis que Natalia Carrero lo haya vuelto a hacer en *Otra*: alumbrar las zonas oscuras de la familia, cotidianas pero ocultas, poco tocadas narrativamente. De nuevo nos dibuja (nunca sólo con palabras: también con sus mujeres trazadas en blanco y negro) el hogar como lo que es o puede llegar a ser, agujero negro capaz de tragarse, hasta hacerlas invisibles de puertas para fuera, las cosas más tremendas: la enfermedad mental, la vocación literaria de mujeres absorbidas por los cuidados de menores, los límites terroríficos que puede alcanzar el poder de un padre autoritario y, también, el alcoholismo de las mujeres que beben en casa, «el ciclo de la sed», de esa sed, tema tabú.

*Glughú...glughú...glughú*

Hay dureza en *Otra*. Viene de la valentía al narrar, tan viva en la voz de Natalia Carrero cuando se enfrenta a sus demonios, que en tantos casos son los nuestros. Los de las mujeres quiero decir, quienes por más que nos resistamos a ser incluidas en un grupo homogéneo, por más que sepamos que somos diversas, seguimos llevando el peso de los cuidados en la familia, ya trabajemos como limpiadoras, profesoras o escritoras a tiempo parcial. Y no digamos cuando una está volcada en eso que llamamos trabajo reproductivo, el que sucede de puertas para adentro, como es el caso de Mónica, una de las narradoras, bebedora por más señas: «Sobre las dos me acosté para dormir la cogorza. Pasaría otra tarde deprimente de resaca. No se me podía dejar sola. Me preguntaba si la vida y la memoria de la vida misma, tan unidas, imbricadas, podrían convertirse la una en la otra».

Desde *Soy una caja*, su primera novela, todo lo que cuenta Carrero con su lenguaje insurgente va empapado de un humor que a veces me hace reír con brusquedad al leer, como me sucede con la escritora británica Caitlin Moran. Creo que ese humor no funciona como paliativo para aliviar la dureza, sino que es la forma en que

Natalia Carrero escribe con un sentido del humor único y sobre qué significa ser una mujer contemporánea que bebe en casa o a escondidas, cualquier día.

esa dureza se nos comunica. Es algo difícil de hacer y no puede impostarse: sale necesariamente de la autenticidad.

Las resonancias feministas son muchas. Se nos muestra cómo el poder del padre, dirigido sobre el resto con una virulencia patriarcal, feroz, casi bíblica, puede ser muy capaz de torcer las vidas de les hijes (así resuelve Carrero el lenguaje inclusivo en esta novela), anulando de paso la voluntad y todo posible poder en la madre. Esa violencia atraviesa las cartas impresionantes a Charli, el hermano esquizofrénico, que abren y cierran el texto. Me han hecho recordar aquello que Amelia Valcárcel suele señalar pero pocas veces tenemos presente: que el patriarcado no se explica solamente por las relaciones de dominio de los hombres sobre las mujeres, sino también, como es notorio dentro de la familia, de los varones mayores sobre los más jóvenes. Cuestiones que se unen a los intentos y primeras vivencias del trabajo productivo cuando el reproductivo se lo está comiendo casi todo, para complicar el panorama ético que Mónica tiene por delante.

Carrero va tocando estos asuntos con su lenguaje depurado, fresco y brutal, como lleva haciendo desde hace cinco novelas. Lo que está consiguiendo es una valiosa representación cultural que nos brinda conocimiento sobre vidas tan reales como invisibles, que no suelen mostrarse ni se valoran. Desvelamientos que alimentan nuestra conciencia crítica

ante el mundo y nos abren los ojos a otros modelos reales de mujeres, que es casi como decir a otros mundos posibles.

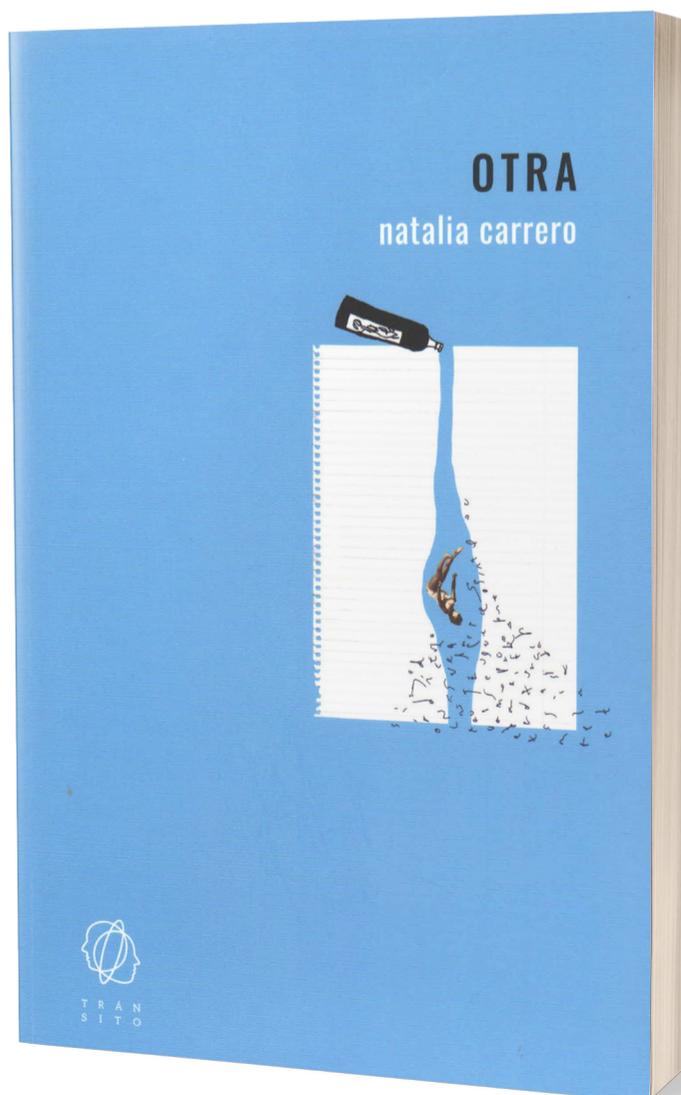
Una estructura ligera hace que nos bebamos la novela con la misma facilidad con que Mónica, la protagonista, se bebe los botellines fresquitos de cerveza.

No falta un «álbum de bebedoras» ilustrado por esos dibujos a mano que son imposibles de separar de la escritura de Natalia Carrero.

Y al cerrar el libro, claro, te dan ganas de brindar.

*Glughú glughú glughú.*

# Brindis



**OTRA**  
**Natalia Carrero**  
► Ed. Tránsito 2022.  
127 pgnos